

V

LA TOMA DE GUANAJUATO

La triste y lógica derrota de las fuerzas independientes sobre la loma de Aculco, entre el pueblo de este nombre y el de Arroyo Zarco, fué el primer golpe que recibieron las huestes de Hidalgo después de su feliz y relativamente rápida campaña contra las posiciones del Virrey y sus ciudades, rota que desde el punto de vista militar era precisa consecuencia del pésimo sistema que para hacer la guerra se había propuesto nuestro venerable Hidalgo...

Su inmenso error, tenemos que repetirlo, fué siempre creer sacar partido de las masas ignorantes y envilecidas... y por eso desoyó las prudentes, mas aún, sabias advertencias y consejos del ínclito y marcial Allende.

Este desde el triunfo magnífico de las Cruces auguró con toda su energía y su talento, con persuasiones y arrebatos enérgicos propios del caudillo que prevé que la victoria definitiva, término de una audaz y peligrosísima campaña, va á escapar si no se aprovechan pasajeras ventajas y triunfos del instante, cuando se tiene abierto el camino de una regia y riquísima Metrópoli,

miles de circunstancias, políticas, administrativas, geográficas, generales y locales, por sus elementos y vitalidad, como puerta de toda la red de caminos que se tiende hacia el interior y Norte del país.

Pero hasta en la codicia por tomar á toda costa Querétaro, sin recursos, ni base de operaciones, ni conocimientos del estado de resistencia de una plaza de tan decisiva importancia, se advierte la nula pericia militar de Hidalgo.

Allende se lo hizo comprender y al fin tuvo que desistir aquél y resignarse á dirigirse á Valladolid, mientras con toda actividad y precisión, engrosando sus divisiones, instruyéndolas en las tardes de las duras jornadas, Allende iba á sostener Guanajuato, hacia donde le seguiría más tarde lentamente, y exterminando á los sospechosos de *Americanismo* el terrible Calleja.

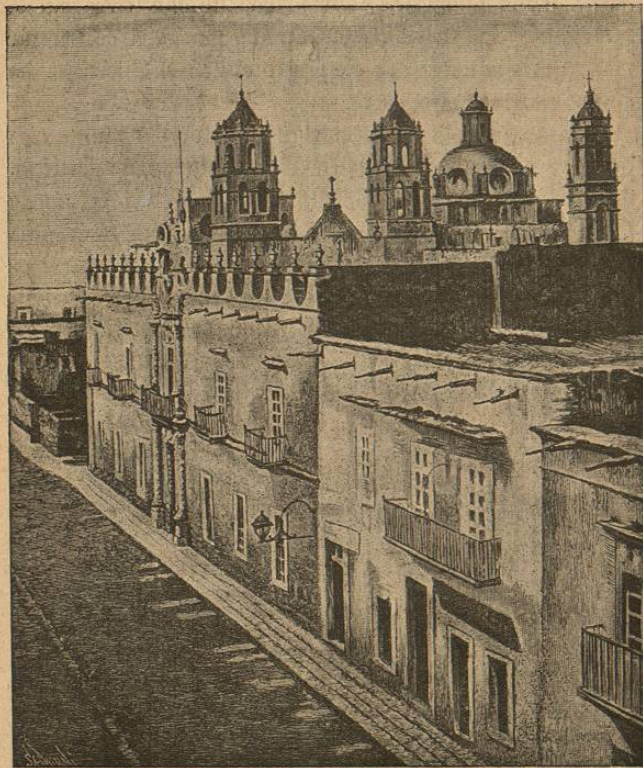
Allende fué recibido pomposamente por el Ayuntamiento y notables de Guanajuato que habían abrazado la causa de la Independencia el 13 de Noviembre, disponiendo al punto con organizadora actividad y pericia la fortificación de la plaza.

Advirtamos que la insurrección había estallado simultáneamente en muy distantes localidades por el efecto moral que produce siempre la primera victoria, tratándose de dos ejércitos enemigos de los que no se tienen antecedentes y miden sus armas por primera vez.

Zacatecas, Guadalajara, San Luis, Aguascalientes y otras ciudades del Interior y del Norte, lejanas de México, se declaraban por la independencia, al mismo tiempo que Morelos maniobraba ya victorioso y con gente denodada hacia el Sur, amagando Acapulco, puerto del Pacífico, importantísimo.

El cuadro de la sublevación se presenta, dos meses

después de iniciada por un cura humilde, admirablemente grandioso. ¡ Los criollos en su inocencia, en su



Vista del colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), del que fué rector don Miguel Hidalgo.

Tal como se hallaba á fines del siglo XVIII.

pueril iniciación política, en aquel incierto albor crepuscular, sin práctica, sin antecedentes ni historia, los buenos criollos y los ignorantes y embrutecidos

indios creen que todo está ya hecho : que Hidalgo y los suyos han vencido y han plantado victoriosos las guadalupanas banderas en todos los edificios virreinales, y que nada más falta su voto poderoso para consumir la empresa, la magna empresa cuyas finalidades no conciben aun ni los mismos caudillos!

¡ Qué sarcasmo!... Faltaba mucha sangre, mucho fuego y tremendas catástrofes y miserias, violencias, venganzas, saqueos, ejecuciones en masa, loterías *de la muerte* y represalias atroces entre sitios, combates y batallas, hambres y epidemias!

Faltaba todo esto para poner en escena, sobre el teatro de la guerra de Independencia, á su término, vencedora la tricolor insignia que había de ser el símbolo de la patria independiente y libre!

El país tenía que sufrir durante once años el peso glorioso de una verdadera guerra, no de grandes campañas estratégicas y episodios tácticos ejecutados sabiamente por expertos veteranos, movilizandó cuerpos con magistral acierto, sino la más encarnizada y hondamente trágica de las campañas, la que exige más energía, previsión, saber, entereza, salud y ánimo en los jefes y soldados... ¡ La guerra de guerrillas!...

Es ella terriblemente sanguinaria, vivísima, cruel, implacable... y sin embargo, con el fraccionamiento de las muchedumbres, teniendo por doquiera el mismo espíritu, sintiendo el mismo y fijo impulso hacia el objetivo único, conduce al triunfo.

El arte de esta pequeña guerra en detalle es mucho más complicado y exige más ingenio, vigilancia, inspiración, astucia, valor y conocimientos y constancia, que el de la gran guerra que se hace combinando

cuerpos de ejército sobre firmes bases de operaciones con todo su apresto imponente y costosísimo.

Debemos decirlo : militarmente hablando, durante el primer período de la independencia, del 15 de Septiembre á la muerte de sus iniciadores, no hay operaciones que puedan llamarse militares... Valeroso, inteligente empuje, y combinación de masas, acertadísima y bien secundada por jefes de profunda instrucción y noble valor, fué lo que arrollara á las tropas de Trujillo. Luego... ¿ á qué repetirlo más?... derrotas parciales... ocupación de plazas indefensas... y para colmo la desavenencia que llegó al enojo, á la cólera irritante, entre Hidalgo y Allende cuando éste en Guanajuato, mientras se fortifica con tino, pide justamente la cooperación de su venerable colega para resistir ambos en esa plaza las tropas sólidas de Calleja y de Flon.

Vemos al fin de 1810 una gloriosa insurrección, una enérgica protesta que tiene que vencer fatal y seguramente al yugo de viejos y altaneros reyes castellanos, pero no encontramos teatro de guerra... apenas si multitudes mal armadas dirigidas por algunos valientes que se desesperan, van de aquí para allí, sin cohesión, ni armonía en sus planes... aparentando obedecer... y obedeciendo á veces — ¡ y entonces por desgracia! — al Generalísimo Don Miguel Hidalgo, que es un cura que se improvisa general... Allende, el gran Allende, es el que reorganiza las masas, en lo que es posible dicta órdenes y planes para cuadros militares é intenta una sombra de reglamento de maniobras é instrucción de reclutas... hace publicar bandos contra los desmanes y crueldades que esta clase de guerras trae aparejada... pero la corriente de los sucesos arrastra á él y á su llamado ejército, y no obstante prodigios

de ingenio, de destreza, entusiasmo y valor del pueblo y algunos buenos criollos ¡dignos mexicanos! sin esperanza de que Hidalgo le ayude en el trance apuradísimo, logra fortificar el fácil Guanajuato, nada propicio para defensa alguna á causa de las eminentes cumbres que lo rodean dominándolo por completo por todas partes.

Hidalgo, triunfante y aclamado justamente por la audacia de su iniciación, deja Valladolid sabiendo que Don José Antonio Torres, bravo, tenaz y astuto ranchero de Piedra Gorda, se había lanzado con audacia y éxito sobre Guadalajara cuyas puertas se le abrieron después de su feliz golpe de mano.

Fué esta la iniciación brillante del egregio Torres en la carrera de triunfos militares que había de seguir para bien de la causa de la Independencia.

El cura Mercado, de Ahualulco, entusiasta como buen hijo de México por la causa noble, con gran ascendiente en las rancherías del Oeste de la entonces Nueva Galicia, alzó sus multitudes, las armó en huestes, y hostilizando aquí, retirándose por allá, entre lomas, ranchos, nopaleras y peñascales, logra apoderarse, al fin, del Puerto de San Blas, sorprendiéndolo. La provincia, con aquel punto hacia el mar, podía ser un excelente teatro de operaciones si los insurgentes formaran ejército.

No obstante, y en ello está la gloria de los caudillos, éstos aprovecharon esas masas, siguiendo sus ideales, sin más objeto que el bien nacional por el que habían jurado sacrificarse hasta la muerte, como lo habrían de cumplir bien pronto.

En esos mismos instantes surgía un jefe organizador, estratégico y táctico, que habría de ser alma y médula

de la insurrección armada; el que habría de constituir en ejército las chusmas y en unos cuantos meses tendría que transformarse ante la estupefacción de mexicanos y españoles, de simple abogado en ilustre campeón de la Independencia.

Entonces principiaba á hacerse notable como secretario particular de Hidalgo y como ministro de Estado y del despacho del gobierno insurgente Ignacio Rayón.

Estaba sin carácter militar alguno entonces, y bien pronto se le habría de admirar como jefe que acomete y lleva á cumplido, honroso y ventajosísimo término una de las retiradas más hermosas y audaces que registra nuestra historia militar: la del Saltillo á Zacatecas por el desierto, sin agua, perseguido y abriéndose paso á través de guerrillas enemigas bien abastecidas... acallando las conspiraciones de la ambición, del miedo y del hambre, triunfando de la naturaleza y de los hombres...

Hidalgo se encuentra en plena gloria en Guadalajara, unido á las fuerzas de Torres y de una infinidad de caudillos leales unos, los más ambiciosos y criminales, obteniendo grandes recursos, formando planes y reclutando por centenares y miles, indios que llegaban de todas partes al olor del botín, con la esperanza de enaltecerse ó impulsados por secreto arranque de cólera contra el legendario invasor... los más por todos esos múltiples determinantes, gente indisciplinada si no se la educaba y si se la abandonaba como lo hizo Hidalgo, involuntariamente; pero que si se la instruía, atendiéndola como hicieron Rayón y Morelos, resultaba heroica, firme, tenaz, inquebrantable al fuego, al hambre y á la sed...

En México cunde nuevamente el pavor, el virrey

hostiga á Calleja para que vaya sobre Guanajuato y, después de aniquilar á Allende, pase á pulverizar en Guadalajara á Hidalgo y compañeros.

\*  
\*\*

Mientras éste en aquella ciudad intenta organizar la revolución, fundiendo cañones, construyendo armas, acopiando víveres y municiones, instruyendo á las hordas acostumbradas al saqueo y publicando manifiestos y bandos, — entre ellos citemos la sublime abolición de la esclavitud, una de sus más legítimas glorias, — enviando emisarios al norte y un plenipotenciario á los Estados Unidos, Allende, más práctico, se mantiene en Guanajuato, ciudad importantísima por la adhesión de sus habitantes y los recursos de sus minas riquísimas y de su casa de moneda.

Entre tanto el brigadier Calleja, á marchas forzadas unido con las divisiones de Flon, se aproxima.

Un traidor le vende el secreto de las defensas de Allende, que consistían en diversos barrenos de pólvora practicados en la cañada de Marfil, por donde suponía que llegarían las columnas realistas. Al entrar á los barrancos deberían hacer explosión, despedazando las rocas que caerían en lluvia terrible sobre las masas enemigas.

El 24 de Noviembre principió el ataque sobre Guanajuato, en dos columnas, la primera al mando de Flon, quien avanzó por el camino llamado de la *Yerba Buena* hasta llegar á las Carreras, y el brigadier Ca-

lleja, con la segunda, por el camino nuevo de Santa Ana hasta la Valenciana, evitando entrar por el Marfil y forzando las alturas por los puntos más débiles, *volteando* la posición, no sin que en el cerro del Tumulto se librara un reñidísimo combate.

Allende, desesperado, se multiplica en los puntos de más peligro y vuelve á la carga, reanimando á sus tropas que soñaban en una victoria fácil; pero ya las recias y bien armadas fuerzas de Calleja y Flon, ocupando los cerros dominantes, abren un fuego certerísimo sobre el centro de la plaza completamente cercada.

Allende, para minorar el desastre, recoge lo mejor de las tropas insurgentes y las hace emprender fatal retirada; en tanto que la plebe furiosa, sedienta de venganza, se ensaña con los infelices europeos prisioneros en la Alhóndiga de Granaditas, haciendo en ellos abominable carnicería, sabiendo que si quedan con vida, aumentarán las fuerzas de Calleja...

Allende se fortifica en la mina de Chichindaro donde pasa la noche, y al día siguiente, 25 de Noviembre, cubre la retirada de su ejército haciendo fuego con una pieza bien apuntada desde el cerro del Cuarto sobre las posiciones de Calleja, á cuyas tropas contiene un tanto hasta que, lejano ya el ejército insurgente, se le incorporó rumbo á San Felipe, donde encontró una división de Iriarte que venía á reforzarlos. Ambos reunidos siguieron hacia Aguascalientes donde entraron sin resistencia.

Aquí debemos observar que perdió á Allende su falta de previsión al creer ingenuamente que un veterano

como Calleja había de ponerse en movimiento sin reconocer antes la plaza y tomar, por todos los medios posibles, todos los datos acerca de su estado de defensa y situación de las tropas que la guarnecían, para atacar por el punto más débil... ¡Duras son las lecciones de la práctica militar y terrible la responsabilidad de un jefe que así compromete las vidas de los hijos de la patria, retardando su triunfo!

No exijamos sin embargo á los primeros augustos iniciadores de nuestra Independencia una pericia militar que sólo se obtiene tras largas bregas en los campos de batalla y en la práctica de los campamentos... ¡Demasiado hicieron con ser tan audaces!

Otra de las faltas militares que se reprochan á Allende y á Hidalgo es la absoluta carencia de concierto y armonía en sus operaciones : se dividieron, debilitándose sin apoyarse recíprocamente, ni acordar sus planes según los del colega, divergiendo en todas sus disposiciones del modo más lamentable, falta de la que el hábil Calleja se aprovechó siempre con el mejor éxito, como sagaz jefe que saca partido de todas las flaquezas de sus enemigos.

El vencedor cometió las más atroces iniquidades con una crueldad innoble y bárbara, excediendo en su sistema de terror al mismo duque de Alba en sus campañas de Flandes.

Mandó fusilar por la espalda á los más bravos y nobles jefes insurgentes de Guanajuato que no pudieron retirarse con Allende, y en la noche tenebrosa se erizaron de horcas las calles y plazas, donde á la luz de siniestros hachones, se colgaron á innumerables hijos

del pueblo que fueron sorteados para el suplicio que les impuso el *generoso militar* español.

¡Qué extraño que una vez en el camino de semejantes horrores no fuesen más y más atroces las represalias!



cabeza y corazón de todo un gran reino, presa del más innoble pánico; este guerrero que sabía con toda conciencia su oficio, como era notorio entre los mismos españoles, desde las maniobras de 1808 en el campamento del Encero en Jalapa, <sup>1</sup> auguró desastres terribles si no se abalanzaban sobre México... Y no habiéndose dado ese paso que era como el rayo... la retirada del ejército que tan bravísimamente atacara en el Monte de las Cruces, tenía que ser una desastrosa serie de derrotas... como la de Aculco, prólogo fatal de las subsecuentes.

Tenía que suceder. Reanimada la capital del Reino, otorgados falsamente los laureles del triunfo de la batalla de las Cruces al fugitivo Trujillo, — quien llegó á Santa Fé con Iturbide y otros prófugos con un tambor que tocaba diana; — precipitado en violenta contramarcha Hidalgo hacia el Valle de Toluca, sufriendo escandalosas dispersiones de indios, rancheros y gentes de las plebes de villas y ciudades, quienes esperaban el saqueo de México, todas las ventajas obtenidas á tan alto y sangriento precio por los insurgentes, se pierden y hacen atraer sobre el inepto generalísimo de las tropas de América interminable serie de catástrofes.

Insistimos, ya que consideramos la narración de esos acontecimientos de nuestra historia desde el punto de vista militar: si la voz táctica de Allende hubiese sido escuchada; quién sabe cuántos sacrificios y cuánta efusión de sangre se hubiera evitado!

Evidentemente, que no porque se entrase en triunfo á México y se obligara al Virrey á firmar quién sabe

1. Se esperaban por aquella época órdenes de levantar ejércitos en la colonia para resistir una invasión inglesa que se temía por la guerra entre España é Inglaterra.

cuántos documentos, se habría de triunfar. Claro era que Calleja pasaría los montes y bajaría al Valle dispuesto á escarmentar las hordas victoriosas de Allende; pero el golpe dado á la Colonia le impediría rehacerse en mucho tiempo, durante el cual los vencedores en retirada prudente y sistemática se disciplinarian, dispersados por todos los rumbos, sobre todo hacia el Sur, entre cuyas agrias sierras tomarían inexpugnables posiciones.

Hidalgo no supo comprender la sabia indicación de la estrategia que le aconsejaba en esta guerra de insurrección de masas sin armas, sin recursos y sin disciplina, ¡lo que es peor mil veces! una actitud defensiva, pero activísima, de perpetua retirada, en constante movimiento para evadir batallas campales contra tropas aguerridas y veteranas.

Así pues, apenas baja de las montañas cuando le vemos maltrecho en Aculco, abandonando una muy buena porción de bagajes, artillería y parque, consternando los campos del interior del país con el abatimiento de los fugitivos.

Pero el ánimo del caudillo anciano no desmaya, ni mucho menos el del bravo joven, verdadero militar, que con tanto interés dirigiera la batalla de las Cruces.

Semi-reorganizadas las rotas divisiones de indios rancheros y criollos que formaban los núcleos y cuadros, y rehechos los estados mayores de aquéllas, resuelven Hidalgo y Allende fraccionarse y dirigirse el primero hacia la espléndida Valladolid, rica en bastimentos y dispuesta con todo entusiasmo á unirse á la causa de la independencia, después de tomar la fuerte y hermosa ciudad de Querétaro, cuya adquisición era importantísima como punto estratégico de primer orden por